

# Un caballero de la topología Adalberto García-Maynez



Alejandro Illanes  
Instituto de Matemáticas, UNAM  
illanes@matem.unam.mx

**T**al vez fueron las clases de cálculo y cosmografía que recibió de Agustín Anfossi en la preparatoria o los “toritos” que le ponía Carlos Graef Fernández, que no siempre resolvía con éxito, o los juegos matemáticos que les ponía su padre, el brillante jurista Eduardo García Máynez, a él y a su hermano, lo que inclinó a Adalberto a estudiar matemáticas. No sabemos exactamente cuál fue su motivación pero sus alumnos no podemos más que sentirnos agradecidos de que Adalberto haya tomado este camino.

Muchos de los que trabajamos o gustamos de la Topología General en México le debemos algo a Adalberto. Fue de los primeros en tomarla en serio y escribir tanto textos como artículos de investigación en esta área. Su formación fue de primera pues su director de tesis de doctorado fue el mismísimo Thomas Whyburn. Además, en sus primeros años de investigador tuvo la oportunidad de coincidir con Edwin E. Moise en el CINVESTAV del IPN.

Su producción en investigación es abundante, sus esfuerzos se han dirigido principalmente a desentrañar los misterios que ofrecen las uniformidades y las compactaciones, aunque también se da tiempo para asomarse a su otro tema favorito: la uncoherencia.

Preocupado por transmitir sus conocimientos en forma escrita, ha publicado dos libros de topología. Introducción a la Topología de Conjuntos, Trillas, 1971, es una gema que concentra en poco espacio los principales conceptos para un primer curso de Topología. El segundo fue escrito en colaboración con Ángel Tamariz (Topología General, Porrúa, 1988). Este libro es tan completo que se conoce cariñosamente en el medio como el “Manual del Buen Topólogo”. Ambos parecen salidos de un viejo taller de relojería (de la época del precuarzo) por su estilo riguroso, exacto, impecable y sólido. Además, Adalberto ha escrito notas para varios de sus cursos preferidos, éstas no han tenido la fortuna de llegar a la imprenta pero son de gran utilidad para sus alumnos. Entre sus experiencias educativas también podemos mencionar que fue coordinador del Libro de Texto Gratuito de la S.E.P., en el área de matemáticas para el 5º año de primaria en 1972.

Su paso por la docencia empezó a edad temprana impartiendo clases de Geometría Analítica en el Plantel 7 de la Escuela Nacional Preparatoria en 1961. Desde entonces muchos alumnos de la UNAM, el IPN, la UAM y el ITAM han podido asistir a sus cursos. En sus clases Adalberto es un modelo de precisión, sus alumnos lo recuerdan como una persona respetuosa, gentil y con un dominio amplio del tema que imparte. Generalmente es bien estimado por estos severos jueces. En 1993 se reunieron sus alumnos de varias generaciones y varias escuelas para hacerle un homenaje por sus más de 30 años de docente. Sin duda a este homenaje también debió haber asistido ese alumno imaginario (inventado por el propio Adalberto) a quien, como estrategia docente, suele dedicarle sus clases.

Adalberto es un caso singular en la Topología. Alguna vez escuché que es una algebrista atrapado en el cuerpo de un topólogo. Los que hemos trabajado cerca de él, regularmente nos asombramos de la forma en que piensa. La mayoría de los topólogos nos sentimos más cercanos a la geometría que al álgebra y, de hecho, tendemos a pensar más con figuras que con símbolos. Adalberto es totalmente opuesto a esta tendencia. Sus clases son una impecable secuencia lógica de símbolos y se pueden contar con los dedos de una mano los dibujos que hace en el pizarrón durante un curso. Lo que más parece gustarle cuando hace matemáticas es tomar un problema o una teoría y extraerle todo lo que tiene de artificial para llegar hasta el tuétano y mostrar la manera más general, concisa y elegante de resolverlo. Se dice que alguna vez, cuando trabajaba en el CINVESTAV, José Ádem les puso, a Adalberto y a otros jóvenes matemáticos que ahora son figuras consagradas en nuestro medio, un torito de combinatoria que tiene que ver con la forma de acomodar esposos y esposas alrededor de una mesa redonda. El problema se lo había platicado a Ádem el legendario N. Vilenkin (sí, el del libro ¿De cuántas formas?). Un día Adalberto prefirió no ir a comer con el grupo de sus colegas pues sentía que estaba cerca de resolver ese problema y, cuando regresaron los demás, él había hallado una solución elegantísima que fue publicada en el Boletín de la Sociedad Matemática Mexicana.

A principios de la década de los ochenta del siglo pasado había pocos matemáticos mexicanos que pudieran y se animaran a dirigir tesis de doctorado. Javier Páez, Ángel Tamariz y yo tuvimos la suerte de que Adalberto fuera uno de ellos (codirigió la tesis de Ángel con Richard Wilson). De esta manera fuimos de esos raros especímenes que pudieron completar su formación en México en una época en la que la mayoría de los estudiantes se doctoraba en el extranjero. Por supuesto que no fuimos los únicos que tuvieron la fortuna de ser dirigidos por él, pues Adalberto regularmente desempeña esa labor. Lo que mejor recuerdo de esa época es su conocimiento casi enciclopédico de la Topología y su disposición incansable para discutir cualquier tema. Por supuesto también recuerdo sus cualidades no matemáticas, como la paciencia que nos tenía y su trato siempre respetuoso.

Merecidamente, sus cualidades como profesor fueron reconocidas por la UNAM al otorgarle el Premio Universidad Nacional en Docencia en Ciencias Exactas en 1995.

En las ocasiones en que uno viaja con él, se tiene oportunidad de descubrir características que no se dejan ver cuando uno lo trata como profesor o colega. Adalberto es una persona con una cultura muy amplia, lo que hace que su conversación sea muy interesante, además, tiene una pasión por la Filatelia que uno no sospecharía. Come más de lo que su delgada figura dice y tiene un sentido del humor muy fino que desmiente su apariencia de persona extremadamente seria.